

## **De la Madrid: en el ocaso y en la génesis de las elites financieras**

**Alfredo Acle Tomasini©**

Durante su último informe el 1 de septiembre de 1982 López Portillo, después de culpar a los dueños de los bancos de especular contra el peso, anunciaba la nacionalización de la banca y el control de cambios. Medidas que arrancaron gritos de euforia y dieron lugar a un larguísimo aplauso, mientras los banqueros y representantes del sector privado abandonaban el recinto sin ocultar su enojo. Pero, entre el júbilo de unos y la rabia de otros, destacaba la actitud desganada con la que De la Madrid, entonces presidente electo, se había puesto de pie y aplaudía sin ningún entusiasmo.

No tardó en saberse que ese gesto obedecía a que tales medidas no le fueron consultadas y que apenas hubo la cortesía de informárselas a pocas horas de que se hicieran públicas. Circunstancia que lo hizo sentir relevado de cualquier compromiso moral entre él y su otrora mentor, cuya voluntad unipersonal lo convirtió en presidente de la República.

Más allá de las cuestiones personales, ese desencuentro y las razones que lo originaron significaron el ocaso de una elite financiera que por decenios había tenido una influencia notable en la gestión de los asuntos financieros del país, pero también sentarían las bases para el advenimiento de una nueva que llenaría ese vacío y que adquiriría, como su antecesora, la suficiente capacidad económica para influir y sacar provecho de las políticas públicas.

El concepto de banca nacionalizada empezó a diluirse desde el primer día del nuevo sexenio. Así, las mismas manos que a escasos meses habían aplaudido a rabiar, prontas se levantaban para aprobar iniciativas orientadas a restañar las heridas que había dejado la nacionalización de la banca en el sector privado, como fue la incorporación de sus representantes a los consejos de administración y comités de crédito de los bancos nacionalizados a quienes, a diferencia de los consejeros del sector público, se les remuneraba su participación en dichos cuerpos colegiados.

Sin embargo, las casas de bolsa fueron el refugio institucional que encontraron los exbanqueros para mantenerse activos, lo cual resultó curioso porque hasta ese momento su interés por este tipo de intermediarios financieros y de hecho por el mercado de valores había sido nulo, lo que en gran parte explicaba la irrelevancia que tenía éste en la vida económica del país.

Así, una vez instalados en sus nuevas trincheras, el gobierno empezó a utilizar a las casas de bolsa, que no a los bancos nacionalizados, para colocar en el mercado las emisiones de Cetes y otros papeles gubernamentales, lo que contribuyó de manera decisiva al crecimiento de la bolsa de valores y, desde luego, a la rentabilidad y expansión de dichos intermediarios financieros, tanto los nuevos como los que ya llevaban tiempo operando, quienes empezaron a atraer a nuevos inversionistas al mercado de renta variable a un ritmo muy superior a la oferta disponible, lo que originó una acelerada espiral especulativa.

Basta mencionar que, entre el 1 de septiembre de 1982 y el 30 septiembre de 1987, días antes de que la Bolsa se derrumbara estrepitosamente, el Índice de Precios y Cotizaciones había crecido quinientas veces sin que esto tuviera ningún sustento económico, porque en ese lapso el PIB tuvo un crecimiento cercano a cero y en términos per cápita se redujo casi 10 por ciento.

Así, mientras la mayoría de los mexicanos luchaba por paliar una de las peores crisis económicas que había sufrido el país, en el mercado de valores se acumulaban cantidades ingentes de recursos producto de un festín especulativo sin parangón, que a su vez ocurría al amparo de una regulación obsoleta, laxa y totalmente inadecuada para proteger a los inversionistas e impedir abusos y operaciones ventajosas por parte de los intermediarios financieros. Vale recordar que antes los corredores de bolsa podían manejar sus carteras personales junto a las de sus clientes, mientras que ellos realizaban manualmente el proceso de asignación. Es decir, que si a lo largo del día habían comprado acciones de una misma empresa a precios distintos para varios clientes y a veces para sí mismos, ellos decidían ex post cómo y a qué precio se distribuirían dichos valores. La posibilidad de ser él que vendía más caro o compraba más barato estaba abierta.

Finalmente en el último trimestre de 1988 la burbuja explotó lo que en escasos tres meses redujo en 70 por ciento el valor del Índice de Precios y Cotizaciones. Para muchos representó pérdidas patrimoniales significativas, pero para unos cuantos el episodio especulativo había sido suficiente para consolidarse como una nueva elite financiera al acumular importantes cantidades de recursos, que en el siguiente sexenio les servirían para hacerse de bancos y empresas públicas. Adquisiciones en la que, apenas unos años atrás, ni siquiera se hubieran atrevido a soñar.

[alfredo@acletomasini.com.mx](mailto:alfredo@acletomasini.com.mx)

Twitter @AcleTomasini